

Tema 6-

La frontera que nunca existió

La zona de Valencia de Alcántara (16 de marzo)

Textos

El puente internacional más pequeño del mundo

La Raya, una república independiente de pueblos promiscuos, que un día fueron portugueses y hoy son españoles (Olivenza, en Badajoz, y San Felices de los Gallegos, en Salamanca) o viceversa: Lama d'Arcos, Cambedo y Soutelinho, hasta 1864 de Ourense y desde entonces, portugueses. La Raya, un sitio distinto plagado de pueblos dobles, de aldeas gemelas como Rio d'Onor y Rionor de Castilla (Zamora), estas Rabaza y Rabaça luso-pacenses o dos aldeas hermanas, separadas por un arroyo, que también se encuentran en el término de La Codosera. Hacia ellas vamos. Sus nombres: El Marco en la parte española y Marco en la portuguesa. Podemos ir por una carretera estrecha paralela a la frontera, pero preferimos volver a La Codosera para desde allí ir hacia "los marcos" pasando por un bar y una ermita interesantes.

Cuando los Fernández abrieron un bar en la carretera que conduce de La Codosera (Badajoz) a la frontera, decidieron llamarlo "El quinto coño". El nombre simbolizaba la distancia que separaba en ese momento Portugal de Extremadura. Para los urbanitas de Cáceres o Madrid, Portugal era un país donde se hablaba un idioma espeso y dulce que nunca se acababa de entender. Resulta hasta divertida la anécdota ocurrida cuando la Caixa Geral de Depósitos compró el Banco de Extremadura al BBV. Sus directivos no se entendían ni en portugués ni en español y acabaron enviándose la correspondencia interna en inglés.

Pero eso fue en tiempos. Hoy, la relación de cada país con El País de al Lado es fluida y enriquecedora. Antes de llegar a El Marco y a la frontera, dejamos a la derecha la ermita de Nuestra Señora de Chandavila, patrona de La Codosera. Bueno, qué decimos ermita, es todo un santuario, espléndido, brillante, rodeado de explanadas de hierba y arbolado. A finales de mayo se celebra aquí una popular peregrinación.

Ya en El Marco, charlamos con Joaquín, otro ciudadano doble como la Manuela que conocimos en La Rabaza. Joaquín nació en el Marco luso, pero se casó con la española Carolina de El Marco hispano, donde es razonablemente feliz con su nacionalidad española y su jubilación. También está viudo, como Manuela, por un accidente que se llevó a su esposa. Ha trabajado en la aceituna y el carbón, no sabe leer, pero sí calcular: «En El Marco hay seis casas abiertas y un bar tienda; en Marco, doce casas y dos tiendas que venden café. Aquí, todos éramos contrabandistas. Cruzábamos el arroyo más arriba o más abajo, según los guardias. Por lo demás, ya ve, solo y viudo... Cuente usted eso, a ver si me sale una novia». ¿Portuguesa o española?... «Bueno, qué más da, basta

con que quiera ser mi novia».

El Marco (España) y Marco (Portugal) están separados por un arroyo llamado Abrilongo. En verano, el arroyo se salva de un salto; en invierno, a través del puente internacional más pequeño del mundo. Durante años, el puente era una tabla de madera que los guardias retiraban, pero en cuanto se daban la vuelta, aparecía una tabla nueva. Después se puso una plataforma de hierro con barandilla. Ya en el siglo XXI, la Cámara Municipal de Arronches levantó un minipuerto de obra, se supone que definitivo, que une los dos países. Es menos romántico, pero más sólido. En la parte española, el Ayuntamiento de La Codosera ha preparado un área de descanso con mesas y bancos.

Arturo regenta el único bar tienda de El Marco. Lo abrieron sus padres. Antes había otros tres, los de Agustín, Silverio y Antonio, pero han cerrado. Cuenta que el micropuerto internacional se ha convertido en un atractivo turístico que buscan muchos viajeros. Arturo nació en Portugal, pero hace 40 años se nacionalizó español. Al otro lado del puente, O Marco, una plaza y unas casas blancas con grandes chimeneas, un par de tiendas tradicionales y mucho sabor alentejano auténtico.

Las Casas de la Duda

En lo intrincado de un bosque de fresnos, pinos, castaños y chopos. Junto a un regato enrevesado y caprichoso. En las faldas de las sierras Fría y de la Peña. Allí, justo allí, está Casas de la Duda, entre las alquerías de la frontera, en una de las comarcas más desconocidas de España, en el confín de la provincia de Cáceres lindando con Portugal. Cruzamos varios pueblecitos dispersos, con una docena de casas y un puñado de vecinos, levantados al socaire de un robledal o en la hondura de valles recoletos. Todas estas tierras pertenecen al ayuntamiento de Valencia de Alcántara. ¿Todas?

Antes de la última curva española de la carretera Madrid-Lisboa por la cuenca del Tajo, una pista retorcida se pierde a mano izquierda. Si seguimos por ella poco más de un kilómetro llegamos a El Pino, la más antigua de estas alquerías fronterizas. En El Pino no viven más de 80 personas, pero la aldea fue ayuntamiento hasta 1861. Una iglesia dedicada a la Inmaculada certifica su esplendor pasado. La pista asfaltada gira a la derecha y se convierte en camino forestal pedregoso. Tras dos kilómetros de ascensión se vislumbran entre los árboles cuatro edificios sencillos: las Casas de la Duda. Teóricamente, pero sólo teóricamente, dos pertenecen al ayuntamiento extremeño de Valencia de Alcántara, y otras dos, a la cámara municipal alentejana de Portalegre. Segundo lo explica gráficamente: "Unos íbamos a arreglar los papeles a Valencia y los otros, a Portalegre ". Pero las cosas no están ni estuvieron nunca tan claras.

Segundo Silva Reyes es tan dudoso que sus abuelos eran portugueses y sus padres, españoles. Ha vivido en Casas de la Duda desde los ocho años hasta que se jubiló, hace siete. "Subí a cuidar unas cabras cuando la guerra. Me casé y estuve allí toda la vida con las cabrinas y un cacho huerto. Tuve cuatro hijos y a los cuatro saqué adelante", repasa su vida. Segundo es medio español, medio portugués. En

él se resumen los misterios y encantos de las Casas de la Duda, un enclave indefinido del que no se sabe si pertenece a España o a Portugal. Segundo expone la versión más extendida por la raya extremeña: "Por esta sierra no hay muchos hitos fronterizos; costaba mucho subirlos hasta aquí. Se entiende que la frontera la marca un regato que pasa por las Casas, pero justo ahí da la vuelta y no se sabe qué es España y qué es Portugal “.

Casas de la Duda es un enclave tan perdido y tan insignificante que las Comisiones Mixtas de Límites previas al Tratado de Lisboa de 1864 no le prestaron atención. Su minúscula población siguió disfrutando de la bicoca de no saber bien dónde se encontraba. En los años de la emigración a Alemania y Suiza, la dictadura de Salazar denegaba el pasaporte a los jóvenes para que no pudieran librarse de una mili en las lejanas y crueles guerras coloniales de Angola y Mozambique. Pero los de las Casas de la Duda, los dudosos, no tenían ese problema: conseguían pasaporte español y se libraban.

Escuchando a Segundo Silva detallar los últimos movimientos demográficos en Casas de la Duda se intuye el pitorreo trasnacional: "Vamos a ver. Hasta hace nada, vivían allí Manuel y Vitorino, que eran portugueses y ocupaban la casa portuguesa. Y estaba el tío Velliña, que tenía nombre y apodo portugués, pero habitaba una casa española. También vivía yo, de abuelo portugués y padre español, en mi casa española, y el tío Joaquín Bigares, que nació portugués pero, sin cambiar de casa, se apuntó en España". La dudosa casa del tío Bigares tenía alcoba lusa y salita española. Te lavabas en Portalegre y cocinabas en Valencia de Alcántara.

Los tiempos han cambiado. Las fronteras casi se han borrado y vivir en Casas de la Duda ya no depara tanta ventaja. Llegar hasta allí es incómodo y, en los inviernos duros, hasta peligroso. Faltan servicios elementales. Con la desaparición de la excitante economía fraudulenta de la frontera, las alquerías de la raya resisten gracias a las subvenciones. Según José Luis Gurría, profesor de Geografía del Territorio de la Universidad de Extremadura, esta sigue siendo la frontera más pobre de Europa. Pero en Casas de la Duda la vida sigue adelante, aunque sólo quede un dudoso. Se llama Manuel Blázquez Silva, es sobrino de Segundo y vive del campo y la ganadería. "Hasta hace poco, precisa Segundo, vivían también allí el español Larín y el portugués Junuario. Larín se fue a San Vicente de Alcántara y sólo se acerca por las Casas de la Duda en fin de semana. Y Junuario, como lo atacaron dos veces los bandoleros, acabó vendiendo sus tierras y se marchó a Portugal. Los nuevos dueños, que no las cultivan, le permiten sembrarlas. Sólo va por allí, con mucho miedo, para labrar".

¡Bandidos! Es lo que le faltaba a Casas de la Duda para envolverse aún más en la leyenda. Junuario fue víctima de una partida de bandoleros de la montaña por partida doble. La primera vez fue un robo; la segunda se vino abajo: llegaron tres desconocidos, se presentaron como campesinos, se interesaron por el lugar de donde Junuario cogía agua y, en el mismo regato que debiera delimitar la frontera, lo amarraron, le desvalijaron la casa y se llevaron una cantidad de dinero que Junuario nunca precisó, pero que los sabelotodo de la raya calculan en varios miles de contos (un conto: mil escudos, 4,8 euros). ¿Y los bandoleros eran portugueses o españoles? Segundo, dudoso, se encoge de hombros: "Cualquiera lo sabe".

La frontera que nunca existió

“¿La frontera...? Hablar por aquí de la raya es muy relativo. Entre las gentes de Almontinho y de El Pino y entre las de Santo Antonio das Areias y las de El Fragüil, ahí abajo en el río Sever, no había diferencias ni fronteras”. Quienes hablan son Cándido Flores y Manuel Moreno, dos jóvenes historiadores de Valencia de Alcántara que han investigado el contrabando en esta zona. “En A Fonte Oscura, que es una aldea española, pero por aquí la siguen llamando Fonte, en portugués, la gente guardaba monedas españolas y portuguesas juntas, aunque algunas ya no tenían valor. Aquí no había una clara percepción del espacio, ni del tiempo, ni del valor de la moneda. En la Raya todo es relativo. No existe raya para quienes viven aquí”. Los antecedentes familiares de Cándido y de Manuel son semejantes: ambos tuvieron abuelos jefes de cuadrillas de contrabandistas, El de Cándido tenía un pequeño bar a 100 metros del fronterizo río Sever. “Allí se supone que se dedicaba al comercio con los vecinos y al contrabando. Era una tapadera”.

El contrabando. Romanticismo para el lector, para el recién llegado. Cotidianeidad para el nativo de estas tierras. «Se trataba de algo diario y normal: un vecino necesitaba algo y se lo iba a comprar a otro vecino. El hecho de que tuviera que cruzar la frontera para comprar era secundario”. Por Valencia de Alcántara, la frontera estaba abolida mucho antes de que lo dictaminara la Unión Europea. Sin embargo, el comercio era ilícito. Por eso mismo proporcionaba empleo a muchos vecinos y marcó una etapa boyante en la economía local. Manuel Moreno aún recuerda las andanzas comerciales de su abuelo.

“Trabajaba en la zona de El Pino. Era portugués, pero vivió toda su vida en España y contrabandeaba con café. Era el jefe de su cuadrilla y llegaban con la mercancía a Cáceres, a Torreorgaz y Torremocha, a Arroyo de la Luz en tres noches, andando por los caminos, comiendo pan y tocino, temiendo encontrarse con la Guardia Civil. En la Edad Moderna, los contrabandistas pasaban ganado y lana, lo que representaba un grave problema para la corona de Castilla. Después adquiere una gran importancia el tabaco y en el siglo XX, el café, los frutos secos, el chocolate y los productos de las colonias. En la posguerra, el pan, y en momentos puntuales, materiales como el volframio, que abundaba en esta tierra y era muy solicitado por los alemanes durante la II Guerra Mundial porque resistía muy bien las altas temperaturas y revestían con él el interior de cañones y pistolas. Se pasaba de todo: cuchillas de afeitar, la vajilla, el ajuar... Las sábanas donde dormíamos cuando hicimos la carrera en Cáceres y las toallas de rizo americano con que nos secábamos las habían comprado nuestras madres en la aldeíta portuguesa de Os Galegos, ahí al lado”, cuenta Manuel.

"Las operaciones se hacían cuando oscurecía, prosiguen Cándido y Manuel. La frontera se pasaba de noche, por eso el halo de romanticismo, la luna... Se organizaban en cuadrillas que tenían un jefe que hacía de intermediario con los suministradores portugueses. Las cuadrillas iban a vender incluso a Madrid. El jefe se quedaba las ganancias y pasaba un sueldo a los demás. Se sabían los caminos a la perfección, dejaban material escondido o colocado al lado de la vía y lo recogían con un gancho desde los vagones, Aún guardamos algunos de esos ganchos en nuestros garajes. No se podían distinguir cuadrillas españolas o

portuguesas. Si les preguntas a personajes con los que hemos charlado durante nuestra investigación si son españoles o portugueses, no saben qué responder. Nuestros abuelos eran portugueses, aunque decían que eran españoles porque en un momento determinado les interesó hacerse españoles. Tampoco está muy claro lo de la lengua. Mi madre habla en español, pero en cuanto llegan sus hermanos mayores, se ponen a hablar en portugués, lo que a mi padre le enfada mucho porque lo ve una falta de respeto. Pero es algo natural: para dar una muestra de cariño, recurren al portugués, luego vuelven al español, mezclan vocablos, y aunque tengan vocabulario español, mantienen fórmulas gramaticales portuguesas como usar la palabra luego en lugar de ya”.

Caracterizan después al contrabandista: “Apuesta siempre a caballo ganador y tiene un gran instinto natural y una capacidad innata para comerciar, para negociar. Uno de los contrabandistas de esta zona de Valencia de Alcántara llegó a hacer tratos con El Corte Inglés cuando el gran almacén empezaba a abrirse camino por los años 50. Le vendía mercancías portuguesas. También hubo contrabandistas que se hicieron guardias. Esos casos se dieron sobre todo en La Fontañera, uno de los caseríos típicos fronterizos españoles. Es algo que se ha hecho en otros países en determinados momentos históricos: había un problema, las autoridades no eran capaces de dominarlo y se convertía en guardias o en soldados a quienes representaban ese problema para controlarlos a ellos y que ayudaran a dominar el problema. Aquí, muchos contrabandistas pasaron a las filas de la Guardia Civil y en Portugal también engrosaron las filas de la Guardia Nacional Republicana. Un hermano del abuelo de Manuel era GNR y antes había sido contrabandista y aún viven varios ex guardias civiles que habían sido antes contrabandistas. Había guardias civiles comprensivos. En la aldea de El Pino recuerdan con cariño a oficiales y capitanes que a veces ordenaban a los contrabandistas que dejaran la carga y salieran corriendo o que al verlos después en el pueblo les avisaban de que les habían escondido la carga en el monte y que ya podían subir a buscarla”.

Recuerdan a continuación anécdotas curiosas del contrabando. Por ejemplo, el caso del perro contrabandista. “En La Fontañera hay un bar que aún sigue abierto para los 27 habitantes de esta aldea fronteriza. Allí jugaba la partida un señor que tenía un perro contrabandista. Cinco o seis veces al día le ponía dinero en el collar y lo enviaba a la vecina aldea lusa de Os Galegos, donde recogían el dinero y le colgaban a los costados dos paquetes de café que el perro llevaba al bar del otro lado. Otro caso célebre es el de la bicicleta misteriosa. Había un portugués que pasaba todos los días por la frontera con una bicicleta donde llevaba un cubo de tierra. Los guardias rebuscaban entre la tierra, miraban la bici y no encontraban nada. El portugués decía que llevaba tierra española para su huerto. Con el tiempo se descubrió que en realidad, lo que pasaba cada día era una bicicleta nueva de contrabando”.

En esta zona, además de las Casas de la Duda, hay otros puntos fronterizos oscuros en las alquerías de El Pino, Fragüil, Batán, Fonte Oscura, la Pitaraña española y la Pitaraña portuguesa. Manuel y Cándido señalan el significativo caso de La Fontañera, donde unos vecinos ampliaron su casa fronteriza y las nuevas habitaciones entraron en Portugal. Cuando se reunió la comisión de límites, en lugar

de dar orden de derribar la nueva casa, lo que se hizo fue modificar la frontera y mover un poco el mojón para que la casa quedara en España. Llamen la atención jocosamente sobre el caso de un gallinero de las Casas de la Duda: la casa es española, el corral es portugués... ¿De dónde son las gallinas?

Mitos y leyendas de la frontera

Desde que hemos llegado a Valencia de Alcántara, nos han contado historias de contrabandistas, de casas dudosas, de límites fronterizos. Curiosamente, estas narraciones se repiten a lo largo de toda la frontera.

Así, recordamos la historia del vecino de cierta edad que cruzaba cada día la frontera entre Portugal y Galicia montado en bicicleta. Llevaba al hombro un saco de carbón para su cocina. La Guardia Civil le daba el alto en el lado español y los "guardinhas" lo registraban en el lado portugués. Pero nada, solo llevaba carbón y, aunque se mosqueaban mucho, no podían acusarlo de tráfico ilegal. Aquel viejecito hacía contrabando de bicicletas.

La historia es recogida en la introducción de un libro sobre contrabando y narcotráfico publicado por la editorial Libros del KO. Se llama "Fariña", palabra que en gallego hace referencia a la cocaína, y lo ha escrito el periodista Nacho Carretero. Curiosamente, esa misma historia, pero cambiando el saco de carbón para su cocina por un saco de tierra para su huerta, nos la acaban de contar en Valencia de Alcántara.

El Couto Mixto es un triángulo de 27 kilómetros cuadrados que desde el siglo XI hasta 1864 no perteneció a España ni a Portugal. Era una particular Andorra rayana que hoy está enclavada en la provincia de Ourense. Allí me contaron en 1995 la historia de los burros traficantes: asnos a los que los contrabandistas apaleaban disfrazados de guardias civiles y de "guardinhas". Luego, los soltaban por el monte cargados de tabaco, motores Barreiro, café o plátanos y los jumentos se sabían el camino entre Santiago, Meaus y Rubiás, los pueblos del Couto, y Tourem, el primer pueblo portugués. Si de pronto se topaban con los guardias civiles o los "guardinhas", salían pitando despavoridos: no querían volver a ser apaleados. Esa historia me la volvieron a contar en el Val do Xálima en 2005. Allí, los burros hacían el trayecto entre Valverde del Fresno y Foios.

La Raya es un espacio mitopoiético: sus vecinos han construido mitos e historias colectivas capaces de crear un contexto con unos valores comunes y unos símbolos reconocibles. Son cuentos, leyendas que parten de hechos reales, que se recrean a partir de un relato histórico. Generan un mapa de valores colectivos: el contrabandista inteligente, sagaz y valiente; el rayano sin límites ni divisiones para el que la frontera nunca existió, pero que lucha por su territorio y su independencia apoyado por la divinidad.

En Miranda do Douro, en la Raya zamorana, los portugueses veneran en su antigua catedral una figura estrambótica: es un Niño Jesús vestido con sombrero de copa y ataviado con trajes más carnavalescos que canónicos. Es el Menino Jesus da Cartolinha o "do Chapeu Alto" (sombrero de copa). Su gracia es que

ayudó a los portugueses a vencer en una batalla contra los españoles cuando parecían abocados a la derrota. El mito se repite en Alburquerque, aunque aquí fue la Virgen de Carrión, patrona de la villa, la que ayudó a ganar una batalla a los españoles frente al ejército luso.

En mis viajes por la Raya, he escuchado una historia que me resulta muy familiar. Me la contaba mi madre cuando era niño y, según ella, había sucedido en Ceclavín. Es la leyenda del último contrabandista muerto por un carabinero. Sucede en los años 60 y el contrabandista es un muchacho apuesto y valeroso que cae bajo las balas vengativas de un carabinero celoso. Lo significativo y mitopoiético es que esta misma historia la he recogido después en Valencia de Alcántara, Fermoselle (Zamora) y Calvos de Randín (Ourense).

Un escritor valenciano ha publicado una novela negra basada en las Casas de la Duda, ese caserío de Valencia de Alcántara, indefinido y transfronterizo, donde las casas tienen puertas que dan a España y puertas que dan a Portugal. El "mito dudoso" se repite en Soutelinho da Raia, un pueblo portugués (fue de Ourense hasta 1864, que se intercambió por el Couto Mixto) con puertas multinacionales. Allí se solucionó lo de las puertas trasladando la frontera un kilómetro. En Valencia de Alcántara, la duda persiste y se repite, como acabamos de ver, en la famosa casa rural de La Fontañera con salida a dos países. Es, en fin, la Raya, la tierra mítica.